

Sajonia el Magdeburgo, y parte de la Pomerania á la Suecia. Federico apenas contaba con doscientos mil hombres para combatir con medio millon de soldados; tenia ademas en su reino muy descontentos á los Católicos; no podia encerrarse en las lagunas como Venecia, ni defender los desfiladeros como Suiza: todo estaba abierto: ¿qué podia, pues, oponerles?

Nada mas que su genio y el entusiasmo de los pueblos. No tenia deuda pública, ni lejanas colonias que proteger, ni aliados que contentar, ni consideraciones que guardar, ni intrigas de amante, ni oposiciones de parlamentos ó ministros; tenia, por el contrario, lleno el erario, un ejército superior en disciplina á cualquier otro, y una voluntad única. ¡Espectáculo maravilloso, la naciente Prusia, haciendo frente á toda la Europa! Los Franceses corrian cantando á sufrir todos los desastres para ejecutar lo que se habia deliberado en el gabinete de una cortesana: los Rusos eran llevados á latigazos para que los degollasen: los Austriacos, tan hábiles en los tratados, valian poco en las batallas, y se dejaban derrotar imperturbablemente: el ejército del imperio era malo y ridiculo. Los enemigos atribuían la superioridad de Federico á los soldados bien aguerridos, que hacian acordes maniobras, y tiraban cinco tiros por minuto, por lo cual se dedicaban á perfeccionar estas máquinas humanas; pero no conocian ni la celeridad de sus movimientos, ni la feliz disposicion de las marchas, por medio de las cuales, segun las necesidades, separaba ó reunia rápidamente las masas. El general austriaco Brown tenia muchos conocimientos militares; pero no podia obrar por las consideraciones que debia guardar al príncipe de Lorena, cuñado de la emperatriz, y nombrado por esta para el mando en jefe, mientras que Federico, concibiendo y ejecutando él solo, llegaba y le derrotaba.

Mientras que Richelieu ocupaba el Hannover, que tuvo inmensas pérdidas, Federico II entró en Bohemia: en Praga consiguió una victoria memorable en que sucumbieron veinticuatro mil Austriacos y diez y ocho mil Prusianos, y los dos generales enemigos Brown y Schwerin, de setenta y dos años, el cual habia tratado de disuadir á Federico del ataque. El Austria se vió entonces próxima á su ruina; pero la sostuvo el valor del Bohemo conde de Daun, que se habia distinguido ya en las guerras y en los gobiernos de Nápoles y de Milan, general muy hábil para tomar posiciones. Le secundaban el Irlandés Lascy, que habia combatido con Munich en favor de Rusia, y el Livonio Laudon, educado tambien en el ejército ruso, y despues nombrado jefe de los panduros, por lo cual el hábito de mandar cuerpos ligeros le hacia tan activo como arriesgado.

Federico, derrotado en Kollin, se vió obligado á abandonar el Hannover y todo el terreno comprendido entre el Weser y el Rhin á la devastacion de los Franceses, que imitaron al insolente

Richelieu. En medio de sus empresas, felices ó desgraciadas, Federico no se habia olvidado de escribir versos, y no le faltaron epigramas cuando Clemente XIII creyó renovar los fastos antiguos, enviando el capelo carmesí y la rica espada bendita á Daun, vencedor del rey herético. Solo con triunfos podia evitar las burlas con que le hubiera acosado la Europa, á él tan satírico, apenas cesase su prosperidad; y creyéndolo todo en un estado desesperado, se decidió á quitarse la vida. Pero antes de morir quiso salvar su propia reputacion, escribiendo á su maestro Voltaire; escribió la carta, se reanimó y atacó en Rosbach al enemigo. Antes de la batalla dirigió á sus soldados una arenga que solo podia comprender una mitad del ejército: « Queridos amigos, todo lo que tenemos y podemos tener en el mundo, está pendiente de esta espada que desnudamos para combatir. No tengo tiempo, ni creo que tengo necesidad de hablaros mucho. Sabéis que no ha habido vigiliias, ni trabajos, ni peligros que no haya dividido constantemente con vosotros hasta hoy; ya me véis pronto á perecer con vosotros y por vosotros. Todo lo que os pido, amigos míos, es que me volváis cuidado por cuidado, amor por amor. Una sola palabra añadiré, no para animaros, sino como una prueba anticipada del reconocimiento que os deberé. Desde este momento hasta que nos retirémos á cuarteles de invierno, el ejército gozará doble paga. Adelante: portáos como hombres, y no esperéis mas que en Dios. » Y derrotó á los enemigos perdiendo solo noventa y un soldados; tan grande era cuando le cercaba el peligro. Despues en Leuthen deshizo á sesenta mil Austriacos solo con treinta y cinco mil soldados, cogiendo veintium mil prisioneros y ciento treinta y cuatro cañones, y recibiendo seis mil desertores; esta fué la cuarta batalla que ganó en aquel año.

« Quizá nunca en los anales del mundo (dice él mismo) en un solo año, y en un teatro tan reducido, se vieron tantos sucesos extraordinarios, hechos gloriosos, catástrofes inesperadas y casi milagrosas. El rey de Prusia triunfó al principio; todas las fuerzas de Austria fueron vencidas y destruidas sus esperanzas; pero en un momento todo cambia; el ejército austriaco se rehace y vence, y el rey se ve derrotado, abatido, abandonado de sus aliados, rodeado de enemigos, y al borde del precipicio: mas de pronto se reanima y rechaza al ejército combinado de Austria, Francia y el imperio. En otro tiempo cuarenta mil Hannoverianos se rindieron ante doble número de Franceses, sin poder estipular mas que no ser considerados como prisioneros de guerra, y los Franceses quedan en posesion del país desde el Weser al Elba; pero de improviso los Hannoverianos toman las armas, redimen la patria, y los Franceses no se creen seguros ni aun en la orilla derecha del Rhin. En esta campaña pelearon cuatrocientos mil hombres, se dieron seis batallas cam-

Batalla de Rosbach, 5 de noviembre.

Y de Leuthen, 5 de diciembre.

pales, y fueron destruidos tres ejércitos. El ejército frances reducido á la última miseria, fué derrotado sin combatir: los Rusos vencen y huyen como vencidos; de modo que cinco grandes potencias unidas en una liga para hacer la guerra á un Estado muy pequeño proporcionalmente, emplearon contra él toda su fuerza y fueron vencidas. »

En Inglaterra excitaron un verdadero entusiasmo las victorias de Federico: en todas partes se veía su retrato, y hubo iluminacion el dia de su natalicio: Pitt le hizo conceder una pension de setecientas mil libras esterlinas anuales para pagar á los soldados; y á propuesta de Federico puso á la cabeza del ejército que defendia la Alemania Occidental á Fernando de Brunswik, que pronto demostró que era el segundo general de su siglo.

Los sencillos Alemanes habian temido la barbarie de los elegantes Franceses; conocian que si moria Federico, dejarían de existir las libertades germánicas y el protestantismo: estaban fascinados por la sobriedad y valor de este rey, que demostraba cuánto mas poderoso es el genio que la fuerza física, y que luchaba con bárbaros Franceses, Austriacos y Rusos. Federico no insultaba la miseria con su lujo, y tuvo que tener fe en los suyos cuando en el campo de Soubisse encontró una multitud de vivanderos, cocineros, comediantes, peluqueros, papagayos, parasoles y cajas de agua de lavanda. Y confesaba que debia sus triunfos mas bien á los errores del enemigo que á su propia habilidad.

« El plan que yo adopté contra este coloso no me hubiera valido nada, si no hubiese sido por los errores de mis enemigos, cuya lentitud favorecia mi actividad, y cuya indolencia no les dejaba aprovecharse de la ocasion; pero no se puede proponer mi plan como un modelo, porque obligado por la necesidad, tenia que dejar mucho á la suerte. Los Austriacos demostraron mas arte y perfeccion: los Franceses, aunque previsores é inteligentes, con su incoherencia y ligereza trastornan de hoy á mañana lo que podria darles muchas ventajas con su habilidad: los Rusos, tan feroces como ineptos, no merecen ni aun ser nombrados (1). Pero si elogio la táctica de los Austriacos, no puedo méas de censurar sus proyectos de campaña, y su conducta en las partes altas de la guerra. ¡Con fuerzas tan superiores, con tantos aliados á su disposicion, obtuvieron tan pocas ventajas! ¡Qué falta de acuerdo en las operaciones de tantos ejércitos, que con un esfuerzo general hubieran hundido á los Prusianos de un solo golpe! ¡cuánta lentitud en la ejecucion! ¡cuántas ocasiones perdidas! ¡cuántos descuidos enormes, á los cuales debemos nuestra salvacion! »

El Austria en efecto hubiera podido vencer sin gastar dinero ni sangre; en un armisticio no estipuló nada para los príncipes que la habian favorecido, y los dejó expuestos á la persecu-

(1) Carta de 2 de enero de 1759 á Fouquet.

cion de Federico, que impuso tributos á la Franconia y llegó hasta Ratisbona, de modo que fué aceptada su proposicion de conceder la paz á todo el que retirase las tropas. Despues cuando los Rusos invadieron la parte de su país que les estaba predestinada, Federico corriendo trescientas millas en veinticuatro dias con catorce mil hombres, les alcanzó en Kustrin y los venció; y despues rechazó á Daun y Laudon que devastaban la Sajonia.

Pero los pueblos estaban exhaustos, y los enemigos estrechaban su alianza; por lo cual fué desgraciada la campaña del año siguiente: en Kunesdorf sufrió una gran derrota, y habiéndose salvado, gracias al capitán Prittwitz, escribió á su ministro sobre las espaldas de este: *Todo se ha perdido. Salvad á la familia real y los archivos. Adios para siempre.* Los Austro-Rusos llegaron hasta Berlin, imponiendo gruesas contribuciones y saqueándolo todo, satisfaciendo la sed de venganza y la avidez de los soldados de Tottleben.

Federico, reducido á la defensiva, echó levas, reunió pan, patatas y armas como pudo; aunque se arruinara el país y pereciera la juventud, nada importaba con tal que se salvara el reino. Venció á Laudon en Lignitz; presentó el combate á Daun en Torgan, dándose una de las batallas mas sangrientas que recuerda la historia, donde jugaron contra los Prusianos cuatrocientos cañones, destruyendo los famosos granaderos. Cantábase ya en Viena el *Te Deum*, y se declaraba á Federico desposeido de sus feudos, derechos y privilegios, cuando se supo que habia arrancado á los Austriacos la victoria.

Viendo cuán obstinada estaba Rusia en precipitarlo, Federico suscitó contra ella á la Puerta y al kan de Tartaria. Pitt, árbitro del parlamento inglés, hizo que se mirase aquella guerra como nacional y mercantil, y que se continuase socorriendo á Federico. Llevando la guerra á otros mundos, las flotas inglesas quitaban á Francia muchas posesiones á orillas del Ganges, Pondichery y Mahé en la costa del Malabar, con lo cual quedaban los Franceses excluidos de la India; en África perdian el fuerte de San Luis del Senegal, la isla de Corea y todos los establecimientos cerca de aquel rio, ricos por su oro y por sus esclavos; y en América, donde estaba el pretexto de la guerra, les habian arrebatado el Cabo Breton. Despues que en la famosa batalla de Quebec (1759) perecieron los dos generales en jefe Montolan y el inglés Wolf, todo el Canadá fué tomado por los Ingleses, y Rodney ocupó la Guadalupe, la Dominica, la Martinica, la Granada, San Vicente, Santa Lucía y Tabago. Cuantas escuadras aparejaba Francia, otras tantas veía apresadas y destruidas, de suerte que perdió treinta y siete navíos de línea y sesenta y cuatro fragatas. Pensó invadir á Inglaterra, hizo grandes preparativos en Bretaña, en Dunkerque y en los puertos normandos; pero las primeras naves que salieron de Tolon fueron derrotadas en la

1758

Batalla de Kunesdorf, 1759, 12 de agosto.

Y de Torgan.

1760, 3 de noviembre.

1761.

costa de Lágos y las demas incendiadas en Quiberon.

El duque de Choiseul, jefe del ministerio frances y adicto á la Pampadour y á la casa de Lorena, pensó que sería remedio para tales desastres estrechar la union entre las diversas ramas del tronco borbónico. Regía la España el pacífico Fernando VI, que á pesar de sus contestaciones con Inglaterra y de haberle devuelto la posesion de Mallorca, no se atrevia á entrar en una alianza con Francia; del mismo modo rehusó la de Inglaterra, no obstante que le ofrecieron á Gibraltar y grandes compensaciones en América. Pero habiendo muerto (1759), le sucedió Carlos III, que se declaró hostil á la Gran Bretaña, temeroso del ascendiente que esta tomara con la depresion marítima de Francia. Accedió, pues, Carlos al pacto de familia por el cual no habia Pirineos, siendo comunes los enemigos, y estando garantizadas las posesiones de ambos reyes, como tambien las del ducado de Parma y del rey de las Dos Sicilias. En este tratado estaban determinados los socorros recíprocos que debian prestarse, y en casos de guerra debian hacerla de acuerdo, y lo mismo las paces y el repartimiento de los beneficios.

Pacto de familia. 15 de agosto.

Este pacto fué secreto; pero los Ingleses tuvieron noticias de él, rompieron con España y separaron de su alianza el Portugal. Entretanto muerto Jorge II, Pitt se vió obligado á ceder el poder á los torys, poco amigos del rey de Prusia. En compensacion tambien murió entonces la czarina Isabel, y Pedro III, amigo personal de Federico, y que habia ya protestado contra la injusticia de la guerra que se hacia á este, suspendió muy pronto los hostilidades, y restituyó cuanto los Rusos habian ocupado.

1762. 5 de enero.

6 de junio.

Catalina II, que sucedió á Pedro violentamente, detuvo los auxilios que este le destinaba, pero confirmó la paz. Tambien la Suecia entró en avenencia, de suerte que Federico no tuvo ya contra sí sino á los Austríacos, Franceses, Sajones é imperiales.

Dióse principio entonces á una nueva campaña, cuyo hecho mas memorable fué el asedio de Schweidnitz; y mientras tanto los Ingleses quitaban á España Manila y las Filipinas en Asia, y en América la Habana y los pingües tesoros que en ella habia. María Teresa, que se habia opuesto tenazmente á toda avenencia mientras vió caer los Rusos en vez de las propias tropas, se resignó entonces á escuchar las proposiciones de una paz que reclamaban altamente los príncipes del imperio, arrastrados por ella á una guerra opuesta á sus intereses. Esta fué firmada por último en París: primeramente se arregló el canje de los prisioneros, de los cuales veinte mil Franceses se encontraban en poder de Inglaterra, como restos de muchos mas que habian perecido por malos tratamientos. Francia renunciaba en este tratado ignominiosamente á toda pretension sobre la Nueva Escocia, el Canadá, el Cabo Breton y las demas islas y costas del Río y Golfo de San Lorenzo; sus

10 de febrero. 1763.

súbditos podrian pescar en Terranova, y en el Golfo de San Lorenzo; pero á tres leguas de distancia de las costas inglesas y á quince del Cabo Breton; no podian fortificar las islas de San Pedro y Miquelon en Terranova, las cuales le eran cedidas por la Gran Bretaña. En América eran devueltas á Francia las islas de Belle-Isle, Martinica, Guadalupe, Mari Galante, y Deseada; á Inglaterra las de Granada y Granadinas, San Vicente, Santo Domingo y Tabago, la Florida, el fuerte de San Agustin, la bahía de Panzacola y las posesiones al Este y al Sur del Misisipí, cuyo rio quedaba como confin entre las dos potencias, siendo libre su navegacion; lo mismo el Río Senegal y sus dependencias, reintegrando á los Franceses la Corea; en las Indias Orientales Inglaterra restituía los fuertes y bajos de Coromandel, del Malabar, de Orixá y de Bengala como estaban ántes de 1749; Francia devolvía á Natal y Tabanohy en la isla de Sumatra, obligándose á no tener tropas en Bengala y á renunciar á cualquiera adquisicion que hubiese hecho despues del año 49. En Europa las islas de Menorca y San Felipe volvian á Inglaterra, así como el Hannóver al landgrave de Hesse, y al conde de Lippe las tierras que le habian sido tomadas. Las posesiones de Portugal en Europa quedaban desocupadas y las colonias se le devolvian como anteriormente.

La paz entre la emperatriz y el rey de Prusia se hizo en Hubertsburg: aquella renunció á todas las pretensiones acerca de los Estados de este, obligándose á restituirle la ciudad y condado de Glatz y las fortalezas de Wesel y de Güeldres: Federico en secreto prometió su voto para el imperio á José, hijo de María Teresa, y apoyar á otro archiduque para que se casase con la heredera del ducado de Módena. Entre Federico y el rey de Polonia, elector de Sajonia, se dieron por compensados los daños una vez restituidos los prisioneros y las ciudades.

Paz de Hubertsburg. 15 de febrero.

Siete años de estragos dejaban á Europa en el estado que tenia ántes (1), á excepcion de

(1) « Impidieron la pérdida de Prusia las cuatro razones siguientes: falta de acuerdo entre las potencias de la grande alianza; intereses diferentes que les impedian convenir en ciertas opiniones; poca union entre los generales rusos y austríacos, lo cual les hacia circunspectos cuando hubiera sido preciso obrar con vigor para oprimir á Prusia; la política demasiado alambicada (quintessence) de la corte de Viena, que dejaba á los aliados las empresas mas azarosas para conservar al fin de la guerra el ejército en buen estado; con lo cual perdieron varias ocasiones sus generales de dar un golpe de gracia á Prusia, enteramente abandonada; la muerte de la emperatriz de Rusia, en cuya tumba se sepultó tambien la alianza con el Austria, y la alianza de Pedro III con el rey de Prusia.

» Los Franceses se perdieron por haberse querido aprovechar de las turbulencias de Alemania. Hacian una guerra marítima á los Ingleses, y la descuidaron por asuntos extranjeros, que propiamente nada les tocaban; y cuando hasta entonces habian sacado ventaja á los Ingleses, á la sazón debilitados por la guerra en tierra firme, empleando en los ejércitos de Alemania los capitales necesarios para sustentar las escuadras, dejaron que estas careciesen de lo necesario y que los Ingleses tomasen el desquite. Ademas de esto las grandes sumas que Luis XV gastaba en subsidios y aquellas que salian del reino para el ejército de Alemania, redujeron á la mitad el numerario corriente en París y en las provincias. Para

Inglaterra, que ademas de sus adquisiciones en América logró su objeto, que era debilitar á Francia. Esta, fuerte por sí y por sus alianzas, perdió el continente americano y firmó la paz mas oprobiosa. Prusia, que parecia iba á sucumbir en su lucha con toda Europa, no perdió ni un palmo de tierra, y fué engrandecida en la opinion, y reconocida entre las potencias de primer orden, que desde entonces fueron cinco en vez de cuatro. Austria, que queria poseer la Silesia, se quedó con los deseos. — La humanidad los llama á todos al banquillo de los acusados y enumera la pérdida de novecientos mil hombres (1): cuenta que está todavía por liquidar.

Desde entonces Federico miró con sospechas á Inglaterra, la cual no estando ya unida con Austria, dejó de intrigar algun tanto en el continente, y enorgullecida en el mar, pretendió el derecho de visita, de cuyas vicisitudes hablamos en otro lugar.

Cuando al volver á entrar en Berlin, Federico oyó los aplausos del pueblo, se conmovió, y á sus vivas respondia: ¡Vivan mis hijos! ¡Viva mi querido pueblo! Pero la ciudad habia sido saqueada varias veces; la juventud habia perecido; los enemigos habian robado 500.000,000, y habian cobrado otro tanto en contribuciones; los campos estaban devastados; no habia ni caballos, ni bueyes; la poblacion estaba diezmada; en muchas provincias solo se veian en los trabajos del campo mujeres, en otras no se trabajaba; el dinero estaba sin circulacion; las leyes olvidadas; el ejército sin oficiales, y se admitia en él á todos los que se presentaban, ladrones, desertores, contumaces. El rey se dedicó á curar estas llagas y á prevenir su renovacion. Remedió los países que habian padecido con donativos, y desde el año 63 al 86 distribuyó anualmente 24.000,000 de escudos de Prusia, que componen 104,000,000 de francos. En el saqueo de Berlin, el rico negociante Gotskowskí habia demostrado mucho celo y caridad, en premio le regaló el rey 150,000 rixdalers, y él estableció una manufactura de porcelana, que fué comprada despues por el rey, y llegó á ser de las mas nombradas. Construyó varios

colmo de humillacion cometieron grandes errores los generales elegidos por la corte para mandar los ejércitos, y que se creian otros tantos Turenas. » FEDERICO II.

(1) El cálculo es del mismo Federico, que lo especifica de este modo:

Rusos en cuatro batallas y en las marchas. . . . .	140,000
Austria en diez batallas campales sin contar las guardias de Breslau y Schweidnitz. . . . .	140,000
Francia. . . . .	200,000
Ingleses y aliados. . . . .	160,000
Suecos. . . . .	25,000
Tropas de los círculos. . . . .	28,000
Prusia en diez y seis batallas, ademas de las acciones parciales. . . . .	180,000
Deben añadirse los muertos en Prusia en los desastres causados por los Rusos. . . . .	20,000
En Pomerania, y en la Nueva Marca, y en el Electorado de Brandeburgo. . . . .	6,000
	820,000

T. VI.

fuertes en la Silesia; abrió el puerto de Stettin, y el canal de Swina con una ciudad; con el canal de Plauen acertó la comunicacion entre el Elba y el Oder, y con otro desde Kustrin á Wrietzen sanificó un vastísimo espacio á lo largo del Oder, que poblaron dos mil familias. Introdujo la morera y las manufacturas de seda, llevó merinos de España para mejorar los rebaños, y llamó tejedores de lana. Cosas todas contra la naturaleza, que demostraban una intencion inconsiderada, pero buena. Puso herrerías donde habia leña y mineral. En los once años que siguieron al 1747 se aumentaron doscientos ochenta pueblos, y en cuarenta años la poblacion recibió un aumento de un millon y ciento veinte mil almas, es decir, un tercio; y gusta oír á Federico referir estas mejoras con la misma complacencia con que él mismo y otros refieren los homicidios y las intrigas de los reyes.

Jurisprudencia.

La jurisprudencia habia sido hasta entonces una mezcla de derecho romano y canónico, de costumbres sajonas y germánicas, de modo que carecia de principios generales, y era dudosa en la aplicacion. Para remediar estos defectos, se multiplicaban los edictos, lo cual producía enbarazos y contradicciones. Federico publicó primero un proyecto de código de procedimientos, para que despues de un año de práctica los buenos jurisconsultos diesen su parecer sobre él. Despues publicó el *Corpus juris fredericiani*, fundado en el derecho romano. Eran estas obras de Samuel Cocceyo, gran canceller, que introdujo el orden y la regularidad en los procedimientos, quitó muchos torpes abusos, despachó las causas, y mandó que cada tres años se girase una visita á los tribunales de justicia para castigar las prevaricaciones. La muerte interrumpió su obra. Despues Cramer y Suárez reformaron el código segun el parecer de los doctos; pero los muchos inconvenientes que se encontraron, les obligaron á abandonarle. La atrocidad de las penas se habia mitigado, pero causó un nuevo género de indignacion el prohibir que el reo fuese acompañado al suplicio por el sacerdote, y auxiliado por la religion. Se desterró el uso de abogados, debiendo comparecer en persona las partes; se conservaba el proceso inquisitorial, y Federico conservaba el derecho de reformar la sentencia. Esto solo basta para demostrar sus despóticas intenciones; por lo demas no se cuidaba de la legalidad, ni de las formas jurídicas; llamaba brutos á los jueces, los deponia, enviaba comisionados á examinar procesos extraños á sus conocimientos, y viendo las objeciones y la lentitud de los jurisconsultos, supuso que habia una conjuracion entre ellos y los llenó de imprecaciones. Un molinero llamado Arnold reclamó de una sentencia que le parecia injusta, y Federico condenó á prision á los jueces; pero siendo despues declarados inocentes en el proceso, se persuadió mas firmemente de que existia la conspiracion general, y aprisionó á

otros, hasta que vió por sus propios ojos el engaño.

Entonces volvió á ordenar á Cramer que hiciese un código en alemán, y un reglamento de procedimientos expeditos, prometiendo premios á los que propusiesen las mejoras oportunas.

Cramer tendia á la unidad, pero conoció que era un error el querer destruir en un momento las leyes consuetudinarias (1). Tratóse, pues, de recopilarlas para ver cuáles eran las mejores, y dejarlas como código provincial, como una excepción de la ley comun; pero Federico no vió concluida la obra. El año 95 se dió á esta reforma fuerza de ley; pero el artículo 1º de la introducción conserva la fuerza legislativa á las leyes y estatutos locales, y solo en defecto de estos debía recurrirse al código general. Extraña contradicción.

En último resultado no me parece que los filósofos tengan demasiada razón para gloriarse de este adepto. Su política fué la de un déspota sin fe y sin remordimientos, que se apresuró á hacer olvidar su *Antimaquiavelo*. Creyó como ellos que el amor á la verdad consistía en descomponer, negar, descreer; en sus cartas privadas demostró un cínico desprecio á toda creencia; aplicaba el egoísmo de aquella escuela á los intereses reales, y decía: *Si quisiese castigar á una de mis provincias, la daría á gobernar á un filósofo*; aplaudía el proyecto de desmentir á Cristo, restaurando el reino judío en Jerusalén, pero no hacía nada: y cuando Voltaire le aconsejaba que abriese en sus Estados un asilo á los filósofos de Francia, le respondía: *Si, con tal que respeten lo que deben, y guarden la decencia en sus escritos*. Es decir, para concluir, amaba la libertad mientras no limitase sus prerogativas.

## CAPÍTULO VI

Interior de la Francia. — Córcega. — Luis XV.

Fleury.  
1726.

El duque de Borbon, ministro de Luis XV, era tan odioso para el pueblo como para el rey, que al fin lo separó, sustituyéndole Andrés Hércules de Fleury, hombre virtuoso y desinteresado en una corte tan corrompida. Á su advenimiento al ministerio halló el tesoro exhausto, el comercio abatido, sin crédito el Estado, desconceptuado el rey, mucha depravación en las costumbres: en el exterior una guerra peligrosa, y en el interior reanimadas las cuestiones de los jansenistas. Todo urbanidad digna y mesurada, severo en las costumbres, dueño

(1) Mirabeau dice: « El código de Federico es un análisis de las leyes romanas, acomodadas á las costumbres prusianas por un juriconsulto, que tomando la erudición por ciencia como tantos otros, y las leyes positivas por sabiduría, había establecido en un grueso libro, que « no puede haber derecho natural bien fundado, si no procede del derecho civil romano. » De este código provino una inextricable multitud de dificultades que obligaron á Federico á dejarle caer en el olvido. »

de sus pasiones, religioso sin hipocresía, prudente sin genio, enemigo de todo lujo, hasta del lujo del talento, administrando el reino como á una familia, y cuidando, como dice Saint-Simon, hasta del pábilo de las velas, no puede ser comparado ni con Richelieu, ni con Mazarino; pero viniendo despues de una serie de ministros dilapidadores, restauró la hacienda con sus bienes propios, y su ministerio se puede comparar al letargo que un médico procura al enfermo agravado, que le restaura las fuerzas para sostener un nuevo acceso. Amaba el poder como ama el avaro sus cofres, sin buscar en él ni la exterioridad ni los goces; supo obtener mucho con pocos medios, conservó la paz por economía, disminuyendo el ejército, y aumentó sin embargo la influencia francesa. Rechazó de los destinos á los ladrones y á los intrigantes, aunque no supo guardarse de las preocupaciones ni de los delatores, y como cortesano que era no conocia la gratitud. Pequeños y grandes le obedecieron con ménos repugnancia que á Luis XIV, y á su regio alumno inspiró una idea absoluta del poder real, el arte del disimulo y el deseo de la paz á toda costa. Para obtener esta última, halagó á los ingleses hasta el punto de dejar que decayese la marina por no infundirle sospechas, y sin embargo era nombrado árbitro en los litigios de los reyes; sosegó las turbulencias civiles de Ginebra y de algunos cantones suizos; allanó las dificultades que Clemente XII oponia al reconocimiento del rey de Nápoles, y despues en la guerra de Polonia adquirió para Francia la Lorena, que habia llegado á ser necesaria á su país despues de la posesion de la Alsacia, y cuya adquisicion ponía á París á cubierto de una sorpresa.

Otra adquisicion de Francia en aquel siglo fué la Córcega, que despues debía darle un amo. No se habian doblegado los Corsos bajo el yugo de Génova, y muchas veces invocando los mal observados pactos y reclamando contra la creciente opresion habian tomado las armas contra ella. Gente selvática era y dada al ocio. « Que no la inercia sino los gravámenes insupportables disgustaron á los Corsos del trabajo, lo prueban aquellos que en Toscana y en los Estados de Roma dirigian prósperos establecimientos agrícolas, y los que en las Indias, América y en otras partes se enriquecian por caminos diversos, entre los cuales Filippini cita á un Rostchild de su tiempo que ocupaba el primer lugar de toda la Cristiandad por su riqueza como comerciante particular. De Córcega han salido ministros, legados á latere, cardenales, vireyes, almirantes, generales. En la cabaña ahumada del pobre encontraréis retratos de obispos y cononeles y oiréis decir: Este fué tio, primo, pariente nuestro. Un Corso defendió á Brescia de Maximiliano; un Corso salvó á Marsella en tiempo de Enrique IV; un Corso con sus consejos hizo recobrar la corona al emperador de Marruecos; un Corso

renegado, Lázaro de Bastia, fué rey de Argel; una Corsa robada por los piratas fué primera mujer del emperador de Marruecos, y si la pastorcilla de Pontenovo no hubiese rechazado la mano de Bernadotte, sarjento en Córcega (donde Masena servia de cabo), una pobre Corsa se habria sentado en un puesto mas eminente que Carolina y Elisa, reina de Suecia; pero quedándose pastora, no renegó de su culto por una corona, y vivió exenta de penas y mejor que una reina. El espíritu aventurero y el ardimiento calculador de los Corsos es propio de todos los tiempos; ellos corren el mundo con la espada ó con la lanceta, bendiciendo los matrimonios ajenos ó celebrándolos con ventajas personales. Cuando el tercer destierro de Paoli, sus compañeros, descontentos de Inglaterra, que habia acogido á los mas ingratamente, pasaron á Irlanda, á Gibraltar, á Alemania, á Egipto, á la Martinica, á Ceilan. En esto Génova hizo un bien á los Corsos; pues echándolos fuera del nido, ejercitó sus alas en mas largo vuelo, é hizo que el mundo conociera mejor aquella angosta isla. Entre odios de familia, de ambicion, de partido, fomentados por sus señores, proseguia obstinadamente las venganzas contra toda la parentela del agresor, las trasmitia por herencia, y pueblos enteros tomaban en ellas parte; las torres para los ricos, las asperezas de los montes para el vulgo, eran el refugio de asesinos á quienes la opinion absolvía de sus crímenes y daba un diploma de honor. Sin embargo, la vida pobre les criaba en la abnegacion; las discordias les hacian intrépidos, y el afecto doméstico les daba amor á la patria.

El odio que les hacía volver las armas unos contra otros, se acrecentaba cuando tenian que habérselas con los Genoveses, considerados como enemigos comunes. Estos por su parte los miraron siempre como colonos, sin cuidarse de educarlos.

El gobernador de Bastia, teniendo facultades ilimitadas, podia condenar á galeras ó á la muerte por sola su convicción moral, sin forma de proceso, y suspender á su arbitrio cualquiera causa criminal. Los empleos se daban á la aristocracia genovesa, que entraban en ellos sin conocer las leyes y ávida de aumentar sus cortos estipendios. La exaccion de las contribuciones era un motivo continuo de escándalos, así como la prohibicion de usar armas (1), de suerte que todos los años habia una revolucion. Para evitarlas Génova, publicaba bandos draconianos, condenando á muerte á todo el que procurase que fuera ofendido cualquier agente de la república ó cometiese un acto próximo á la ofensa; á los que envia-

(1) En 1715 los Genoveses prohibieron el uso de armas, considerando que cada año se cometian mas de mil asesinatos. Veintiocho mil se contaron en los treinta y dos años de la dominacion genovesa. En tiempo de Paoli apenas hubo tres al año. Bajo la dominacion de la moderna Francia todavía hay mas de ciento, aunque actualmente van disminuyendo.

ran ó recibieran cualquiera cosa de un rebelde ó le hablasen, aunque fueran sus padres ó sus hijos, ó no revelasen las maquinaciones y hasta las sospechas. No contenta con esto aquella república, perseguia tambien á los muertos y á sus descendientes.

Sublevados los Corsos en 1729, y habiéndose puesto á su cabeza Andres Cicali, noble insular, y Luis Giafferi, intrépido patriota, expulsaron á los Genoveses. Estos, indignados de que un puñado de gente pobre se atreviese á pedir justicia á su *soberana natural*, recurrieron á Carlos VI, que les envió ocho mil soldados, mandados por el general Wactendock, y seis mil cuatrocientos á las órdenes del príncipe de Wurtemberg; pero los Corsos mataron hasta mil en una sola accion, y Carlos entonces hubo de tomar el papel de conciliador, ofreciéndoles la impunidad siempre que se fiasen de la conocida clemencia austriaca. Mas apenas depusieron las armas bajo la garantía de amplias condiciones, Austria entregó varios de los jefes á Génova, publicó una nueva amnistía, y estableció una forma de gobierno mas libre, pero no garantida, y por tanto ilusoria. Los Corsos, resueltos ya á conquistar su independencia, levantaron la cabeza y proclamaron la república bajo la proteccion de la Virgen de la Concepcion, nombrando generales y primados á Giafferi y Jacinto Paoli, deponiendo sus odios ante el objeto comun de alcanzar la libertad (1), y convirtiéndolos en emulacion saludable. Los Genoveses tomaron á sueldo Suizos y Grisonos, y recurrieron al torpe medio de perdonar á los malhechores y bandidos que se alistasen contra Córcega, pero no lograron sofocar el incendio.

Aquí se presenta un incidente extraño, pero no tan ridículo como han creído algunos. Teodoro, baron de Neuhoft, noble Westfaliano, habiéndose lanzado á las aventuras, vino á buscarlas á Córcega: era hombre de cuarenta años, de gentil presencia y buenos modales; habia estado al servicio de los Estuardos en el desembarco en Inglaterra, al de Alberoni en sus intrigas, el de Law en su banco, donde vió acumularse y disiparse los tesoros con mágica rapidez. Residente en Florencia, nombrado por

(1) « Hacía mas de un siglo estaban reñidas dos numerosas y poderosas familias de la parroquia de Casaconi: la una se llamaba de los Rossis, y la otra de los Neris; y varias personas de ambas partes habian sido victimas de los golpes de la venganza. No habian podido contener las carnicerías ni los Gaforis, ni la intervencion del marques de Coursay, ni los ruegos de los piadosos curas párrocos, ni la miseria que estaba consumiéndose á los dos partidos. Semejante prodigio obró el amor de la patria. Fueron llamados á jurar los jefes de las dos partes; se hallaron sus manos sobre el libro sagrado; aquellas diestras, que antes estaban dispuestas á dar la muerte, se apretaron entónces; se abrieron los brazos; se echó al olvido lo pasado, y prometieron que no emplearian las armas en lo sucesivo mas que en defensa de la patria. Fieles á sus compromisos, se les vió siempre unidos prestarse recíprocamente auxilio en defensa de la causa nacional, infalible presagio de un feliz éxito. Tan dulce fué aquel espectáculo para los Corsos, que no hubo ninguno que dejara de manifestar su júbilo y satisfacion. » ARENA, *De los asuntos de Córcega desde el año 1730 hasta el 1768*.

1751.

1732.

El rey Teodoro. 1736.